

MEDITACION CCCXXXI.

JESÚS LLEVA LA CRUZ.

(Marc. xv, 20, 21; Joan. xix, 16, 17; Matth. xxvii, 31, 32; Luc. xxiii, 26).

1.º Jesús lleva su cruz; 2.º Jesús cae debajo de su cruz; 3.º Jesús es ayudado á llevar su cruz.

PUNTO I.

Jesús lleva su cruz.

«Y despues de haberse burlado de él, lo despojaron de la púrpura, y poniéndole sus propios vestidos, lo sacaron para crucificarle... Y él (*salió*) llevando su cruz...» Jesús sufre aquí tres horribles tormentos...

1.º *En el arrancarle la clámide...* Traigamos aquí de nuevo á nuestra memoria como despues del suplicio de los azotes volvieron á poner á Jesucristo sus vestidos, estando su cuerpo todo despedazado y cubierto de llagas; como poco tiempo despues se los volvieron á quitar, cuando comenzaban á pegarse á sus llagas, para ponerle encima el manto de púrpura: llevó este manto por todo el tiempo que duró el juego cruel de su coronacion, y por todo el que empleó Pilato en mostrarlo al pueblo, en hablar y alterar con los judíos. Despues de haberse así burlado de Jesús en tantas maneras y por tan largo tiempo, le arrancaron el manto con violencia, y le renovaron sus llagas con dolores tanto mas vivos, quanto mas tenazmente se le habia pegado en aquel tiempo.

2.º *Por la corona que le dejaron clavada en la cabeza...* Esta corona, que Jesús llevó hasta el sepulcro, fue para él la causa de continuos y agudos dolores. No estaba libre de ellos, aun quando lo dejaban en reposo: el mas mínimo movimiento que hacia debia hacerse sentir aun mas horribles. ¿Y cuántas veces el leño de la cruz tocó y movió la corona de espinas, ó sea mientras el divino Salvador llevó su cruz, ó sea quando lo tendieron sobre ella para clavarlo, ó sea finalmente por todo el tiempo que permaneció clavado en ella?

3.º *Al cargarle la cruz...* Esta cruz larga y pesada la pusieron sobre las espaldas doloridas y llagadas de Jesús. Salió *llevando su cruz...* Considera, alma mia, á tu Salvador, que sale del Pretorio encorvado debajo de un tan grande peso, consumido y falto de fuer-

zas por la sangre derramada, de suerte que apenas puede tenerse en pié. ¡Oh divino Salvador mio, y cuánto os cuesta el rescatairme! Ahora comprendo que el que no quiere llevar su cruz en vuestro seguimiento no es digno de Vos, ni entrará jamás con Vos en la morada de la gloria.

PUNTO II.

Jesús cae debajo de su cruz.

1.º *La debilidad de Jesús condena nuestra vileza...* Jesús, acabado de fuerzas por la sangre vertida, no pudo llevar mucho tiempo el peso de que lo habian cargado. Cayó debajo de él, y sus enemigos lo vieron tan oprimido, que tuvieron miedo de verle espirar antes de haber tenido el bárbaro placer de crucificarlo. Fue este temor, y no la compasion, el que los empeñó en darle socorro. ¡Oh y cuánto tuvo que sufrir Jesús en esta ocasion, ó sea por el desfallecimiento en que se hallaba, ó sea por los malos tratamientos que le añadieron! Comparémonos con este modelo. Nosotros caemos debajo de nuestros males. Nuestros trabajos y nuestras penas son á nuestro juicio superiores á nuestras fuerzas. ¡Ah! ¡y cuán viles somos! Mucho nos desdice lamentarnos al ver que Jesús cayendo debajo de su cruz no se lamenta. Estamos muy lejos de haber hasta ahora resistido hasta el derramamiento de sangre, y nosotros exclamamos que estamos arruinados, que hacemos mas de lo que podemos! ¡Oh y cuán indignos son en la boca de un cristiano tales lamentos y quejas! No son las fuerzas las que nos faltan como á Jesús; lo que nos falta es el ánimo, la virtud y el fervor. Reconozcamos nuestra vileza, humillémonos, y tomemos un nuevo aliento.

2.º *La debilidad de Jesús es la participacion de la nuestra...* Si Jesús está débil, no lo está por su naturaleza, sino por nuestra culpa. Si cae debajo del peso de la cruz de que lo ha cargado su Padre, es porque tiene nuestras veces, y nosotros por nosotros mismos somos incapaces de llevar el peso de la cólera de un Dios ofendido é irritado. Están gravados de él los demonios y los réprobos; y á pesar de todos sus suplicios no podrán jamás llegar á calmar esta divina cólera. Nosotros no habríamos tenido que esperar jamás reconciliacion si el Hijo amado no se hubiese ofrecido por nosotros, y no hubiese consentido en caer por nosotros debajo de los golpes de la justicia divina... No bastaba que sufriese y que muriese: era necesario que fuese oprimido debajo del peso de sus dolores, y que el mundo todo, y tambien sus enemigos, lo viesen de este modo oprimido

y salto de todas sus fuerzas... Comprendamos ahora qué cosa es el pecado, qué cosa es la temeridad de una débil criatura que se atreve á resistir á su Criador, y á emplear las fuerzas que de él ha recibido para desobedecerle y ofenderlo.

3.º *La debilidad de Jesucristo es la comunicacion de su fuerza...* El Verbo de Dios, haciéndose hombre para comprarnos de nuevo, se ha vestido de nuestra naturaleza para comunicarnos la suya, de nuestra mortalidad para comunicarnos su vida, y de nuestra debilidad para comunicarnos su fuerza. Fijemos los ojos sobre Jesús que lleva su cruz por el camino del Calvario; miremos cómo se encorva debajo del peso, cómo tiembla, cómo cae por tierra falto de fuerzas. Miremos á Jesús en los mártires, en los niños y en las virgencitas tiernas; mirémoslo cómo triunfa, cómo desprecia los tormentos, cómo hace frente á la muerte, cómo confunde los tiranos, y llena de admiracion los verdugos. La debilidad de Jesucristo es nuestra fortaleza, porque cuanto mas oprimidos seamos nosotros por él, tanto mas fuertes somos en él¹. La debilidad de Jesucristo es nuestra consolacion, porque él ha experimentado nuestra debilidad, y sabe compadecerse de nosotros². Finalmente, la debilidad de Jesucristo es nuestra gloria, porque la virtud se perfecciona en la enfermedad³, y porque la fuerza de Jesucristo habita en aquellos que sufren por él, y están faltos de fuerzas. Jesucristo, con ser oprimido y con caer debajo de su cruz, le quita su rigor, y la hace dulce; le quita su peso, y la hace ligera; le quita su ignominia, y la hace gloriosa. Con que la debilidad de Jesucristo es un misterio lleno de verdad, de fuerza, de sabiduría y de amor. Meditemos frecuentemente este misterio, para que poniendo en Jesús toda nuestra confianza y nuestra fuerza no desesperemos, no nos perdamos de ánimo, ni jamás nos gloriemos en nosotros mismos, sino únicamente en él⁴.

PUNTO III.

Jesús es ayudado á llevar su cruz.

«Y al salir (para conducirle al suplicio) encontraron un hombre «de Cirene, llamado Simon⁵... padre de Alejandro y de Rufo, que

¹ II Cor. XII, 10. — ² II Cor. XII, 9. — ³ II Cor. XII, 9. — ⁴ Hebr. IV, 15.
⁵ Cuatro son los Simones célebres en el Evangelio: Simon Pedro, Simon el fariseo, Simon el leproso, y Simon el Cireneo; sin hablar de san Simon apóstol, y de Simon padre del traidor Judas. En los Hechos de los Apóstoles se hace mencion de otros tres Simones: Simon el mago, que ha dado su nom-

«venia de la campiña, y le obligaron á que cargase con la cruz «de Jesús... y le cargaron la cruz, para que la llevase detrás de «Jesús...»

1.º *Simon el Cireneo es aquí la figura de todos los fieles, en cuanto lleva la cruz de Jesucristo...* Jesucristo ha padecido por nosotros, no para eximirnos del padecer, cosa que no convendría á los pecadores, sino para hacer nuestros sufrimientos meritorios, dignos de Dios, y poderosos para reconciliarnos con él, por la union que tienen con los de Jesucristo. Todos los sufrimientos de los justos, tolerados con piedad, son la cruz de Jesucristo: y además suplen lo que falta á los sufrimientos de Jesucristo¹ para hacer con él y con su Iglesia un cuerpo solo... Simon no solo lleva la cruz de Jesús, sino que la lleva cuando Jesús no puede ya llevarla; la lleva en lo restante del camino, y hasta el Calvario, para que Jesús pueda allí completar el misterio de la redencion. Esto todavía no basta. Los sufrimientos de los justos son el alivio de Jesús. Cualquiera que padece y sufre por amor de Jesús ayuda y alivia á Jesús con Simon, participa del socorro que Simon dió á Jesús, y del alivio que le procuró. Hé aquí como Jesús nos une á sí de todos los modos, y nos hace compañeros en sus trabajos, para hacernos participantes de su gloria. ¿Qué cosa puede haber mas grande? ¿Qué cosa puede ser mas divina?

2.º *Simon el Cireneo es aquí la figura de todos los fieles, en cuanto lleva la cruz de Jesucristo por orden de la Providencia...* Simon era judío, como aparece de su nombre, era originario de Cirene, capital de la Libia, y habitaba en Jerusalem, donde tenia su patrimonio. La eleccion que Dios hizo de él en esta singular ocasion debe hacernos juzgar que Simon era uno de aquellos justos que esperaban ver bien presto la redencion de Israel. Mientras esperaba que el Señor manifestase á aquel en quien era necesario creer, se contentaba con vivir una vida inocente, tranquila y laboriosa. Retirado frecuentemente en el campo, no se mezclaba en los enredos de la ciudad. No estaba particularmente informado de lo que habia sucedido la noche precedente y la mañana de este dia, y por consiguiente en nada participaba de los delitos de los grandes, ni de la infidelidad del pueblo. Volvía pacíficamente de su casa de campo á la hora de comer,

bre á la herejía de la simonía; Simon el adobador de pieles, en cuya casa habitaba san Pedro en Jope, y Simon el negro, cristiano, doctor y profeta de Antioquía. Luc. VII, 36, 40; Matth. XXVI, 6; Marc. XIV, 3; Luc. VI, 13; Joan. XIII, 2; Act. VIII, 9; IX, 43; XIII, 1.

¹ Colos. I, 14.

cuando al entrar en la ciudad se vió confundido en un grande tumulto, rodeado de soldados, y obligado á llevar una cruz al lugar del suplicio. No tardó mucho en saber que la llevaba por Jesús; por aquel hombre de prodigios, de quien habia oido hablar tanto; que acaso ya él conocia, y de quien podian ya ser discípulos sus dos hijos. No nos consta cuáles fueron entonces los sentimientos de su corazón. Lo que sabemos de cierto es, que él fue honrado de la cruz de Jesucristo por una particular eleccion de la divina Providencia, que si está escrito que le obligaron á llevar la cruz de Jesús no se lee que él se haya lamentado de esto, ó que se haya quejado llevándola, ó que haya rehusado llevarla hasta el Calvario. Lo que tambien es cierto es, que despues de la venida del Espiritu Santo y la publicacion del Evangelio se alegró de haber ayudado á Jesús á llevar su cruz, de haber estado expuesto con él al ludibrio del pueblo, y de haber participado de sus oprobios: tambien es cierto que consideró este acontecimiento como la circunstancia mas gloriosa de su vida, y que la Iglesia lo mira á él mismo como un hombre privilegiado. Así tambien lo miramos nosotros y lo mirarán todos los siglos. La gloria de Simon redundaba tambien en sus hijos; sus nombres y el suyo se leerán en el Evangelio con el de Jesús hasta la consumacion de los siglos... Hagamos la aplicacion de esto á nosotros... Las cruces de nuestra eleccion son buenas; pero debemos estimar mucho mas aquella que la Providencia nos impone, ó sea que ellas provengan de causas necesarias, ó de causas contingentes, ó de causas libres por injusticia de los hombres. La repugnancia que experimentamos en cargarnos de ellas no nos quita siempre el mérito; muchas veces les acrecienta el precio... Bien que instruidos de la fe, no comprendemos aquí en la tierra todo el mérito de nuestras cruces, vendrá un dia en que serán nuestra felicidad y nuestra gloria.

3.º *Simon el Cireneo es aquí la figura de todos los fieles, en cuanto lleva la cruz de Jesús detrás de Jesús...* Nosotros vemos aquí puesto en accion el precepto que Jesucristo nos ha impuesto de llevar nuestra cruz detrás de él. Simon, llevando la cruz de Jesucristo detrás de Jesucristo, es el retrato fiel de la vida de todos los cristianos que quieren hacerse dignos de este nombre. Llevar la propia cruz es una necesidad, llevarla por Jesucristo es una obligacion; llevarla despues que Jesucristo la ha llevado es una gloria, llevarla siguiendo á Jesucristo, teniendo á Jesucristo delante de nosotros, y teniéndolo continuamente debajo de nuestros ojos, es una felicidad.

Peticion y coloquio.

Afortunado Simon, ¡oh mil veces afortunado aquel que á tí se une, y que como tú es escogido de la Providencia para llevar la cruz de Jesús detrás de Jesús! No, divino Salvador mio, no seréis Vos solo oprimido del peso de mis pecados. Soy yo el que he pecado, soy yo el que debo ser castigado. Acepto, pues, con júbilo, antes bien os pido el participar de vuestras penas. Cargado del precioso peso de vuestra cruz, y animado internamente de vuestra gracia, estaré siempre mas ágil y mas ardiente para correr en el camino de vuestros mandamientos. Amen.

MEDITACION CCCXXXII.

JESUCRISTO ENCUENTRA UNA TURBA DE MUJERES QUE LO LLORAN.

(Luc. xxiii, 27-31).

1.º Lágrimas de esta turba de mujeres sobre Jesucristo; 2.º profecía de Jesucristo enderezada á estas piadosas mujeres; 3.º reflexion que Jesucristo nos propone en las últimas palabras que endereza á estas piadosas mujeres.

PUNTO I.

Lágrimas de esta turba de mujeres sobre Jesucristo.

1.º *Lágrimas piadosas...* «Y lo seguia una gran turba del pueblo y de mujeres, las cuales lloraban y se dolian de él...» Por corrompida que estoviese Jerusalem, no se debe creer que todos los que acompañaban al Salvador fuesen sus enemigos. Era en verdad el mayor número, pero caminaba separada una turba compasiva de fieles, y lloraba amargamente sobre un justo tan digno de su adoracion, y juntamente de su compasion. Entre esta multitud de fervorosos israelitas un gran número de mujeres gemia aun mas que los otros, y daba al inocente sacrificado testimonios públicos de su devocion tierna y respetuosa. La autoridad puede quitar todos los expedientes, pero no puede sofocar todas las voces... Unámonos á estas piadosas mujeres: dejemos nuestros corazones en poder de la ternura, al ver nuestro Salvador cubierto de llagas, falto de fuerzas, y conducido al suplicio para expiar en él nuestras culpas, y espirar en él entre tormentos.

2.º *Lágrimas imperfectas...* «Pero Jesús vuelto á ellas, dijo: Hijas de Jerusalem, no lloreis sobre mí...» ¿Por qué motivo desapru-

ba Jesús estas lágrimas? Porque aunque fuesen piadosas eran imperfectas é indignas de él. Estas mujeres lloraban á Jesús como á un justo oprimido, vencido por sus enemigos, caído en sus asechanzas, víctima del crédito y de los artificios de su cábala, y destinado irremisiblemente á la muerte. ¡Ah! en el llorar á Jesús guardémosnos de mezclar con nuestras lágrimas alguna baja idea de debilidad ó de impotencia. Jesús en el estado en que se halla es aun el Señor del cielo y de la tierra. Es el mismo que regula todos los acontecimientos, y todo sucede segun su voluntad y por disposiciones secretas de su providencia. Lloremos, pues, pero nuestras lágrimas sean lágrimas de compuncion y de penitencia sobre nuestros pecados, que han reducido á Jesús á este estado. Lágrimas de reconocimiento y de amor para Jesucristo, que por librarnos de nuestros pecados y del infierno ha consentido reducirse á este estado.

3.º *Lágrimas rectificadas...* «Sino llorad sobre vosotras mismas «y sobre vuestros hijos...» Como Jesús se habia hecho ver insensible á los honores que le daban en el dia de su triunfo por reflexionar solamente á los males de que estaba amenazada Jerusalem, y por llorar sobre ella; así aquí se hace ver insensible á sus dolores por reflexionar solamente á los males que vendrán sobre aquellas que lloran por él, si ellas y sus hijos no se separan de la infidelidad de Jerusalem, creyendo en él, cuando de allí á poco tiempo será predicado su Evangelio, y quitado el escándalo de su pasion con la gloria de su resurreccion. Es muy creible que despues de Pentecostes estas piadosas mujeres comprendiesen el sentido de la advertencia que les da aquí el Salvador, y que se aprovecharan de ella, abrazando las primeras la fe del Evangelio. En cuanto á nosotros, nosotros vemos aquí á Jesucristo siempre el mismo, siempre grande, siempre salvador, siempre bueno, siempre amable, siempre atento á nuestros intereses, y previniéndonos que atendamos tambien á ellos.

PUNTO II.

Profecia de Jesucristo enderezada á estas piadosas mujeres.

Aquí anuncia Jesús, como lo hizo en el dia de su triunfo, los males que deben caer sobre Jerusalem, cuando será sitiada y tomada por los romanos; y los expresa trayendo los discursos que entonces se tendrán. Estos males han acaecido, pero son la figura de otros mucho mayores que caerán sobre los pecadores en el dia extremo.

Entonces justamente tendrán los réprobos los discursos que aqui refiere el Salvador, y que anuncian tres suertes de suplicios.

1.º *Primer suplicio, ver perecer sus parientes...* «Porque hé aquí «que vendrá tiempo en que se dirá: Dichosas las estériles, y los se- «nos que no han engendrado, y los pechos que no han dado de ma- «mar...» La fecundidad es una bendicion del matrimonio en las familias santas, en que los hijos son educados en la verdadera religion, en la fe, en la piedad y en el temor de Dios. Padres y madres, temed este suplicio. Aplicad vuestro pensamiento, no á dejar hijos ricos, que aumenten el número de los réprobos y el rigor de vuestros tormentos, sino hijos virtuosos, que aumenten el número de los escogidos, y vengan á ser en el cielo vuestra felicidad y vuestra gloria.

2.º *Segundo suplicio, ver el castigo que se debe padecer...* «Entonces «empezarán á decir á los montes: Caed sobre nosotros...» ¿Quién, pues, es aquel réprobo que á la vista de aquellos fuegos abrasadores, y de aquella eternidad interminable en que ha de entrar, no desee y no pida su total destruccion, su total aniquilacion? ¡Ah! se desprecian ahora aquellos fuegos vengadores; pero cuando nos veremos al punto de ser precipitados en ellos, ¡ay de mí! ¡qué gritos no daremos, á qué desesperacion no nos abandonaremos! Pero desesperacion estéril, gritos inútiles. Ahora debemos hacer oír nuestros clamores al Padre de las misericordias, ofreciéndole la sangre de su Unigénito, derramada por nosotros, uniéndonos á su cruz por medio de una sincera penitencia. Entonces, mientras se desesperarán los réprobos, nuestra esperanza será firme, y no será confundida.

3.º *Tercer suplicio, ver la confusion que se ha de sufrir...* «Entonces comenzarán á decir á los collados: Cubridnos...» ¡Qué vergüenza para los judíos no haber querido reconocer su Mesias, y haberlo crucificado! ¡Qué vergüenza para las naciones no haber querido recibir su Salvador, y haber hecho morir aquellos que lo anunciaban! ¡Qué vergüenza para los herejes y para los cismáticos haber preferido la voz de los engañadores á la de sus pastores, y no haber querido reconocer la Iglesia de Jesucristo, que les habia dado el nacimiento, y no cesaba de llamarlos á su seno! ¡Qué vergüenza para los pecadores haber preferido sus pasiones á la ley de su Dios, y el amor de los bienes percederos al de los bienes eternos! ¡Qué vergüenza para todos haber tenido tantos medios para salvarse, y haberse condenado! ¡Qué vergüenza para mí ver la série de mi vida

y todos mis pecados manifestados! Y entonces ¿dónde me esconderé? ¿Dónde encontraré un abismo bastantemente profundo para escapar la vista de mi Juez, y la de los ojos de todo el universo? ¡Ah! ahora debo buscar un asilo, y este no lo puedo hallar sino en la penitencia. Quiero, pues, ir á sepultar mis pecados á los piés del sacerdote, y esconderlos para siempre, declarándolos todos con la mas exacta sinceridad. Allí quedarán borrados, lavados en la sangre del Cordero, y puestos en un eterno olvido. Ya lo he dicho, ó Salvador mio, y si es necesario voy á hacerlo de nuevo. Lavadme siempre mas, para que mi alma libre de toda mancha pueda presentarse delante de Vos, y esperar con confianza el cumplimiento de vuestra palabra y la decision de vuestro juicio.

PUNTO III.

Reflexion que Jesucristo nos propone en las últimas palabras que endereza á estas piadosas mujeres.

«Porque si tales cosas hacen en el leño verde, ¿del seco qué será?...» Jesucristo nos convida aquí á hacer las tres siguientes reflexiones, y á considerarlas muy bien.

1.º *Qué cosa es él, y qué cosa somos nosotros...* Jesús es el árbol verde, árbol fértil, cargado de flores y de frutos. Cuanto á nosotros, nosotros somos el árbol seco, el árbol muerto, estéril é inútil. Jesús es el Justo de Dios, el Santo de los Santos, y cuyas acciones todas son virtudes y actos de la mas pura caridad. Nosotros, nosotros somos pecadores, que á nuestra natural corrupcion y á nuestra inclinacion al mal hemos añadido mil hábitos viciosos á que nos abandonamos. Jesús es el Hijo de Dios, el Verbo encarnado, la segunda persona de la santísima Trinidad, haciendo un solo Dios con el Padre y con el Espíritu Santo. Nosotros somos viles criaturas, gusanos de la tierra, y de una clase tan inferior, que la distancia entre nosotros y Dios es infinita. Jesús está encargado de nuestros pecados, y se ha encargado de ellos por obedecer á su Padre y por amor nuestro. Nosotros, nosotros estamos cargados de pecados propios que hemos cometido desobedeciendo á Dios, y rebelándonos contra él. Ahora, pues, si este Hijo único de Dios, que tiene solamente la semejanza del pecado, y que ha tomado esta semejanza solo por motivo de la mas ardiente caridad, ha sido castigado, despedazado, y tan maltratado debajo de la mano de Dios su Padre, ¿qué será de nosotros?

2.º *Qué cosa pide de él, y qué cosa exige de nosotros en este mundo...* Lo que pide de su amado Hijo el Padre celestial es una vida pobre, penosa, laboriosa, pasada en el ejercicio de todas las virtudes, y probada con contradicciones y persecuciones continuas. Pero esto no basta; la justicia divina pide que sea destrozado de los golpes, harto de oprobios, que beba el cáliz de la amargura, que caiga en agonía, en deliquio, y que caiga debajo del peso de esta terrible justicia. Pero esto todavía no basta, es necesario que sea enclavado sobre la cruz, que en ella espire, y que en ella muera entre los dolores y la infamia. Hé aquí cómo es tratado el árbol verde: y nosotros, árbol seco, ¿cómo seremos tratados? ¿Qué cosa pide, qué cosa exige de nosotros en este mundo para ser salvos? Si Dios pidiese de cada uno de nosotros lo que ha pedido de su Hijo, nosotros no tendríamos motivo de dolernos, ni de quejarnos; pero ¡oh misericordia, oh clemencia, oh bondad infinita! toda la pena es para este Hijo adorable, y todos los favores son para nosotros. Ha sido derramada su sangre sin que se pida la nuestra. Nosotros hemos de ofrecer solamente la suya, y aplicárnosla recibiendo los Sacramentos establecidos, para unirnos á aquel que nos los ha dado; y entonces lo poco que nosotros hagamos es acepto, y nosotros por los méritos de nuestro Salvador somos salvos. Seria, pues, en nosotros una grande injusticia y una ingratitud extrema lamentarnos aun de la severidad de la Religion y de los rigores de la penitencia. ¡Ah! bien al contrario, cumplamos alegremente todas nuestras obligaciones, exaltemos las misericordias del Señor que exige tan poco de nosotros despues de haber pedido tanto de su Hijo nuestro Señor y nuestro Maestro.

3.º *Cómo es tratado, y cómo debemos esperar nosotros ser tratados en el otro mundo...* Jesucristo ha padecido por nosotros en este mundo. Si nosotros creemos en él, si lo seguimos, estaremos con él en el cielo por los méritos de su redencion; pero si rehusamos creer en él, esperar en él, practicar su ley y observar lo que él nos ha prescrito, nos quedaremos con todos nuestros pecados. Y en este estado, ¿cómo esperamos nosotros ser tratados? ¡Ah! esperemos solamente una eternidad de suplicios. ¿Una eternidad? Á esta palabra se estremece la naturaleza, la razon se turba, y la impiedad da gritos. Pero la justicia de Dios es superior á la razon del hombre y á los deseos de la impiedad. Si meditamos bien qué cosa es Jesucristo, y qué es lo que ha padecido, el infierno no tiene ya de qué sorprendernos. Léjos, pues, de lamentarnos del rigor del infierno,

pensemos antes bien en evitarlo por los méritos de aquel que tanto ha padecido para librarnos de él.

Petición y coloquio.

¡Oh Jesús, quiero internarme en el pensamiento del infierno, é incesantemente llamármelo á la mente, para evitar los males que Vos me anunciáis! ¡Oh bondad infinita de mi Salvador! Desmayado y abatido bajo el enorme peso de los males que por mi amor sufrís, Vos queréis que los olvide, para pensar solamente en los míos; mas conmovido de mis trabajos y de mis penas que de las vuestras, Vos queréis que guarde mis lágrimas para mí mismo. No las deramaré ya mas en adelante sino sobre mis pecados. Á vista de la severidad con que os trata vuestro Padre, porque os habeis cargado de mis pecados, me preguntaré continuamente á mí mismo, ¿cómo me tratará á mí, que estoy cubierto de mis propias iniquidades? Ó antes bien, ó Jesús, me retiraré en el asilo que me ofrecen vuestras llagas, para evitar vuestras venganzas en el tiempo y en la eternidad. Amen.

MEDITACION CCCXXXIII.

DE LA CRUCIFIXION DE JESUCRISTO.

(Matth. xxvii, 33-38; Marc. xv, 22-28; Luc. xxiii, 32-34; Joan. xix, 17, 18).

1.º Del lugar de la crucifixion; 2.º del vino que le presentan á Jesús antes de la crucifixion; 3.º de los misterios que contiene la crucifixion; 4.º de los hombres que son crucificados con Jesús; 5.º de la oracion de Jesucristo sobre la cruz.

PUNTO I.

Del lugar de la crucifixion.

«Y lo llevaron al lugar llamado *Gólgota*, que quiere decir lugar «de la calavera...» La atencion de los cuatro Evangelistas en nombrar este lugar, y nombrarlo con el nombre hebreo, como mas expresivo que el latino que se le habia dado, es aquí bien digna de reflexion, y parece que suponga la antigua tradicion de los judíos¹, que nuestro primer padre Adán, la cabeza de todos los hombres,

¹ Los testimonios de esta tradicion son: de Orígenes, tract. 35 in Matth.; de Tertuliano, en un manuscrito; de san Atanasio, en un sermón de la pasion y de la cruz; de san Basilio, de san Ambrosio, de san Juan Crisóstomo, de san Epifanio, etc., etc.

estuviese sepultado en aquel lugar, y que por eso llevó el nombre de *Gólgota*, que significa cabeza¹. Suponiendo verdadera esta tradicion, que nada tiene de contrario á la verosimilitud, admiremos la conducta de la divina Providencia, que quiere que la muerte sea vencida en el lugar mismo donde ella nos ha reducido á polvo en la persona de nuestro primer padre, y que la sentencia de muerte pronunciada contra todos sea borrada por el Redentor en el lugar mismo en que fue ejecutada sobre el primer pecador... Otra disposicion de la Providencia... El monte de Sion, del Moria y el del Calvario son solamente partes de una misma montaña. Las dos primeras estaban comprendidas en la ciudad de Jerusalem, y la tercera estaba fuera de las murallas... Melquisedec habia ofrecido el pan y el vino en Jerusalem: Isaac habia sido atado sobre el monte Moria; el templo en que se ofrecian los sacrificios estaba fabricado sobre el monte Moria, y Jesús es inmolado, y ofrece su sacrificio, de que todos los otros eran la figura, sobre el Calvario, que es una parte del Moria. No es maravilla que en todos los tiempos los cristianos hayan tenido tanta devocion y solicitud por visitar estos santos Lugares: visitémoslos y recorramoslos en espíritu, pero detengámonos especialmente en aquel donde se ha obrado el mayor de los misterios, el fin y el cumplimiento de todos los otros.

PUNTO II.

Del vino que presentan á Jesús antes de la crucifixion.

«Y le daban á beber vino mezclado con mirra... con hiel... y luego que lo probó, no lo quiso beber...» Luego que llegó Jesús al Calvario empezó á expiar el pecado de nuestros primeros padres, que fue la gula... Gustó la bebida que le ofrecieron, porque era amarga, y rehusó beberla, porque era corroborante y destinada para hacer perder el sentido en aquellos á quienes se ofrecia... Aprendamos á mortificarnos en el beber y en el comer. Evitemos una sensualidad que ha sido ocasion de nuestra pérdida, suframos sin lamentarnos los malos gustos que se encuentran en las cosas que se nos presentan. Sepamos abstenernos de lo que podria darnos gusto, y tambien de aquello que creamos sernos necesario. El pecado ha tenido principio de la inmortificacion, de la mortificacion debe tener

¹ El *Calvario*, en latin, y en griego *Cranium*, significan solamente una parte de la cabeza. El hebreo la expresa toda entera, como para significar la cabeza del género humano.

principio la penitencia. Nuestros primeros padres han desobedecido á la ley de Dios por satisfacer á su sensualidad, nosotros debemos con nuestra obediencia mortificar nuestra gula, principalmente, cuando el precepto de la Iglesia une nuestra penitencia á la de todos los fieles... El Profeta habia anunciado esta hiel. Nosotros explicaremos esta profecía cuando habrémos visto su cumplimiento perfecto.

PUNTO III.

De los misterios de la crucifixion.

«Allí lo crucificaron...» Es despojado Jesús de sus vestidos, y sufre la pena del pecado que para los primeros pecadores fue la vergüenza de verse desnudos... Despojado Jesús, cuanto la pública honestidad podia permitirlo, no tuvo solamente la vergüenza de comparecer desnudo á los ojos de todo el pueblo, sino tambien la de comparecer allí con un cuerpo todo maltratado, y con una carne despedazada y llagada, y llevando sobre sí las señales del vergonzoso suplicio que poco antes habia padecido. Así expiaba la desnudez de los infelices pecadores, y el orgullo que hace que se escondan y oculten por no sufrir en el tribunal mismo de la penitencia una saludable confusion.

2.º *Jesús se extiende sobre la cruz, y repara la desobediencia del primer hombre...* La cruz está en tierra, el altar está preparado, y no se espera otra cosa que la víctima. Á la primera orden de los verdugos, Jesús, por obedecer á su Padre, se puso sobre la cruz, se echa, se extiende, presenta los piés y las manos, y se hace obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

3.º *Jesús es enclavado, y expia nuestros desreglados placeres...* No tardan los verdugos á plantar los clavos en sus piés y en sus manos, y salen de ellos copiosos raudales de sangre. Hé aquí cómo es tratada la carne de Jesús para expiar las culpas de la nuestra. Hé aquí cómo merece ser tratada la nuestra para expiar las suyas propias. Carne mia, si yo no te trato con tanta dureza, no esperes por lo menos que te conceda alguno de aquellos placeres que mi Salvador expia en una manera tan cruel. Si quieres ser semejante á la suya en el cielo, piensa que le has de ser semejante sobre el Calvario. Si no te sacrifico sobre una cruz real, te crucificaré á lo menos con los rigores de la penitencia, y negándote toda satisfaccion que podria conducirte al pecado. Contempla la carne de tu Salvador cla-

vada y crucificada. La cruz, la cruz; hé aquí el lugar de la carne, el tratamiento que le conviene, y el único medio de salvarla.

4.º *Jesús es elevado sobre la cruz, y en ella ejercita el oficio de mediador...* Levantan los judíos la cruz, plantan su pié en la tierra, afianzan y consolidan la basa, y el Hijo de Dios queda en ella suspenso sobre sus llagas entre el cielo y la tierra... ¡Oh tierno y sorprendente espectáculo! Pero ¡oh profundo y adorable misterio! Jesús es elevado, y desde allí trae á sí todas las cosas. Mirad, pueblos de la tierra, judíos y gentiles; mirad vuestro Salvador expuesto á vuestros ojos. Venid á adorarlo y á rendirle vuestros homenajes. Jesús está elevado entre el cielo y la tierra para reconciliar el uno con la otra. Hé aquí el momento señalado en el consejo de Dios para renovar en Jesucristo todas las cosas, las que están en el cielo y las que están sobre la tierra, porque ha agradado á Dios que toda la plenitud residiese en él, queriendo con su mediacion reconciliarlo todo consigo, pacificando por medio de su sangre derramada sobre la cruz lo que hay sobre la tierra y lo que hay en el cielo... Os adoro, ó Salvador mio, elevado sobre vuestra cruz, y os reconozco por mi Mediador para con Dios vuestro Padre. Haced, pues, por la sangre preciosa que corre de vuestros piés y de vuestras manos, que yo sea perfectamente reconciliado, y que no rompa ya jamás una reconciliacion que me es tan necesaria, y que os ha costado tanto.

PUNTO IV.

De los dos ladrones que crucificaron con Jesús.

«Y eran conducidos con él tambien otros dos, que eran malhechores, para hacerles morir. Y luego que llegaron al lugar llamado Calvario, lo crucificaron allí, y á los ladrones, uno á la derecha, y el otro á la siniestra... Y Jesús en medio... Y fue cumplida la Escritura que dice: Y ha sido contado entre los malvados¹...» No bastaba para señalar el oficio de mediador que Jesucristo fuese elevado entre el cielo y la tierra; se requería tambien que lo fuese en medio de los pecadores. Esta circunstancia habia sido profetizada en la persona del Mesías; y héla aquí cumplida en Jesucristo. Esperaban con esto los judíos oscurecer su gloria, y confirman su cualidad de Mesías. Han afectado muchas veces los gentiles unir el suplicio de los cristianos con el de los malhechores; pero en esto acrecientan la gloria de los Mártires, dándoles con es-

¹ Isai. LIII, 12.

te trato la semejanza con Jesucristo... Saquemos de esto dos consecuencias prácticas. La primera, de no juzgar siempre culpados á los que padecen como culpados. La segunda, de no lamentarnos jamás si somos reputados cuales no somos, si somos confundidos con los malvados, y tratados como ellos. Reflexionemos que así ha sido tratado el Salvador, y alegrémonos de hacernos semejantes á él.

PUNTO V.

De la oracion de Jesús sobre la cruz.

«Y Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen...»

1.º *El principio de esta oracion es la caridad infinita de Jesucristo...* Aborrece el pecado, y muere por destruirlo; pero ama al pecador, y muere por salvarlo. Esta oracion del Mesias ha sido anunciada del Profeta ¹, como tambien el puesto que le fue dado entre los malvados. Sin esta oracion la sangre de Jesucristo, como la de Abel, gritaria por la venganza; pero por medio de ella grita por la misericordia.

2.º *El objeto de esta oracion son todos los pecadores...* Todos aquellos que han contribuido á la muerte del Salvador. No solo los verdugos, sus acusadores, sus jueces, y el pueblo judáico que ha pedido su muerte, sino todos los hombres están tambien comprendidos en esta oracion, porque todos los hombres por sus pecados han sido la verdadera causa de su muerte... Si, yo mismo todas las veces que he pecado le he ocasionado la muerte, he contribuido á la causa de su muerte, y todas las que yo peco aun me hago culpable de su muerte. ¡Oh y cuán odioso me debe parecer el pecado! Pero ¡oh y cuán amable es aquel que ruega por mí en el punto que yo le ocasiono la muerte! Mediante su oracion, su muerte, que es mi culpa, viene á ser mi salvacion y mi esperanza.

3.º *La causa que alega en esta oracion es la ignorancia...* «Porque no saben lo que hacen...» Todo pecado es un compuesto de malicia y de ignorancia. El Salvador omite aquí la malicia, y habla solo de la ignorancia, porque ruega por nosotros, y procura excusarnos. Es verdad que cuando yo pequé estaba del todo ciego, y estaba bien léjos de comprender toda la grandeza del mal que hacia; pero sabia lo que bastaba para ser inexcusable, y mi ignorancia no era del todo involuntaria... Perdonadme, pues, ó Dios mio,

¹ Isai. LIII, 12.

segun la oracion que vuestro Hijo hace por mí sobre la cruz. Escuchad la voz de su sangre y los gritos de su amor. Excusad mis pasadas ignorancias, y disipadlas en adelante: hacedme comprender qué cosa es el pecado, y dadme un tal horror á él, que no lo cometa ya jamás.

4.º *El ejemplo contenido en esta oracion es el amor de los enemigos...* El Salvador hace aquí lo que nos ha mandado, esto es, amar á los enemigos, y rogar por los que nos persiguen. Imitémoslo en su oracion, si queremos tener parte en el perdon que pide para nosotros. Excusemos á nuestros perseguidores sobre su ignorancia y sobre su inadvertencia, y callemos, disimulemos y perdonemos lo que es inexcusable; aborrezcamos la injusticia, pero no al que la comete, por quien ha muerto Jesucristo y por quien ha orado.

Peticion y coloquio.

Aplicadme, ó divino Salvador mio, el fruto de esta oracion, que ha sido tan poderosa sobre el corazon de vuestro Padre, y para que pueda recibir el perdon de los pecados que he cometido; haced que os imite, conservando la caridad en los sufrimientos, perdonando á los que me han ofendido, excusándolos y rogando por ellos, como Vos lo hicisteis por los que os crucificaron. Amen.

MEDITACION CCCXXXIV.

DE LAS OTRAS TRES CIRCUNSTANCIAS DE LA CRUCIFIXION.

(Joan. XIX, 19-24; Matth. XXVII, 35-44; Marc. XV, 24-32; Luc. XXIII, 35-39).

1.º Del título de la cruz de Jesucristo; 2.º de la division de los vestidos de Jesucristo; 3.º de las blasfemias proferidas contra Jesucristo.

PUNTO I.

Título de la cruz de Jesucristo.

1.º *Título glorioso á Jesucristo y á su Iglesia...* «Y Pilato escribió tambien fuera de esto una tarjeta ó cartel, y lo puso sobre la cruz... Sobre su cabeza... Y el título de su causa tenia esta inscripcion... Jesús Nazareno Rey de los Judíos... Y muchos de los judíos leyeron este cartel, porque estaba cerca de la ciudad el lugar donde Jesús fue crucificado. Y estaba escrito en hebreo, en griego y en latin...» Me alegro, ó Salvador mio, que entre vuestros oprobios vuestro juez os dé un título tan glorioso, y oblige á